

Una aportación decisiva: Ferrer y la *Escuela Moderna*

Antonio Santoni Rugiu*

Universidad de Florencia

Una educación radicalmente emancipadora

Francisco Ferrer y Guardia (en catalán, Francesc Ferrer i Guardia) no fue el primero en instituir en Cataluña escuelas laicas destinadas al pueblo: en Sant Feliu de Guixols, desde 1885, existía una, debida a la iniciativa de un grupo de *libres pensadores*; inmediatamente después, en Badalona, surgió una *Academia obrera* —en la práctica era un círculo cultural abierto a todos— destinada a la instrucción *integral* del pueblo. No obstante, para Ferrer, estas iniciativas poco sistemáticas no bastaban: eran iniciativas que procedían del protecciónismo burgués con el único propósito de atenuar el conflicto entre las clases sociales, haciendo gala de ir al encuentro del pueblo, pero dándole (o sólo pavoneándose de darle) el mínimo de conocimientos necesarios para las muchas actividades de trabajo nuevas que también en España, y particularmente en una región tan viva y productiva como la Cataluña de finales del siglo XIX, iban conquistando en la transición de la antigua sociedad, predominantemente agraria, a un nuevo desarrollo en el cual la industria, el comercio y los servicios en general, insertaban cada vez nuevos espacios, gracias a su posición geográfica, de cara al Mediterráneo y colindante con Francia, y al espíritu emprendedor de sus habitantes. En suma, eran iniciativas dirigidas a una alfabetización limitada y exclusivamente instrumental del pueblo, más de apariencia que efectivas, condimentadas con palabras de ascenso a la libertad constitucional, contra el absolutismo monárquico aún imperante, sostenido mediante la alianza con las autoridades eclesiásticas, ya lograda en muchos otros estados europeos. Sólo que esa idea de libertad burguesa permanecía como una afirmación retórica para el pueblo, ajena y abstracta, un ideal demasiado lejano, que no era aplicable a sus actuales condiciones de vida y, de hecho, demasiado limitado o distorsionado por los prejuicios religiosos y civiles dominantes, relacionados con la distribución de la riqueza y la propiedad, con la patria y con la familia, con el sometimiento de la mujer. En efecto, escribía en 1900, Ferrer a su amigo Prat, mientras

* Traducción de María Esther Aguirre, investigadora titular en el Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación, UNAM.

se preparaba para abrir su propia *Escuela Moderna*, se requería, antes que nada, erradicar en el pueblo la idea de que libertad y bienestar físico y espiritual fuesen prerrogativa de los poderosos y de los ricos, quienes, por generosidad de espíritu la concedían a la gente pobre, cuando en la realidad cotidiana, ésta continuaba excluida y, cuando mucho, se conformaba con las migajas que les caían desde arriba. Para el pueblo era necesaria, en síntesis, una instrucción laica, liberal y *radicalmente emancipadora*.

Un soplo de pensamiento liberal ya había penetrado en España, en un sector de la clase dirigente, después de la mitad del siglo XIX. En efecto, cuando el gobierno de Madrid –aplicando el Concordato con la Iglesia católica que, después del intervalo revolucionario de 1848, en 1851 había restituido toda la educación (escuelas, colegios, universidades, y así sucesivamente) a los eclesiásticos–, quiso imponer a todos los docentes de las escuelas públicas –docentes universitarios incluidos– el juramento de ortodoxia religiosa y de absoluta fidelidad a la monarquía, algunos docentes, dirigidos por el profesor Sanz del Río, rechazaron valientemente el juramento y, por consiguiente, perdieron la cátedra. El hecho tuvo resonancia también fuera de España y trajo a la memoria episodios análogos en las universidades europeas durante los gobiernos absolutistas de años precedentes al de 1848. Un centenar de profesores de Heidelberg, en solidaridad con Sanz del Río y con sus colegas disidentes, suscribieron un manifiesto por la libertad de enseñanza, y el congreso europeo de filosofía aprobó una moción análoga. En la misma España, como reacción a la medida que de nuevo colocaba la cultura española bajo el pleno control de la autoridad civil y religiosa, por iniciativa de los liberales ilustrados surge la *institución libre de enseñanza* contra el oscurantismo monárquico y clerical.

Sin embargo, en algunos ambientes católicos con mayor apertura, se abría camino la idea de una educación menos rígida y clasista que la deseada, sobre todo, por los jesuitas quienes continuaban proponiendo el rígido modelo de su pedagogía contraria a la modernidad y a la liberalización y difusión del pensamiento; en sustancia, contraria a toda instrucción del pueblo, pon el temor de que éste, una vez instruido y, por lo tanto, impelido para hacerse un juicio autónomo, reniegue de la atávica resignación hacia su propio estado y a la sumisión a las autoridades, lo cual conduciría a relajar los frenos morales que, más allá de las costumbres privadas y públicas irreprochables, garantizaban, antes que nada, el orden social.

Una visión menos retardataria en el campo católico, fue la que se manifestó a través de la escuela popular “Ave María”, del sacerdote André Manjón, profesor de derecho eclesiástico y teólogo intransigente, que si bien por sus principios verdaderamente no

estaba de acuerdo con las premisas de los liberales, coincidía con ellos en algunas de sus posiciones más moderadas del conservadurismo jesuítico, como por ejemplo, que manteniendo al pueblo pobre, sometido e inculto, no glorificaba a Dios sino que más bien daba armas al diablo, puesto que la miseria y la ignorancia propiciaban más fácilmente el mal que el bien. Se puede decir que Ferrer, partiendo de una posición ideológica muy diferente, convergería en esta conclusión y la desarrollaría en un proyecto más radical.

Entre tradición e innovación

Pero, ¿quién era verdaderamente Ferrer y Guardia? En la práctica, era un autodidacta. Empezó a trabajar como mozo desde la edad de trece años en su natal Alella; antes de los veinte, fue aprendiz de tipógrafo en la vecina Barcelona, donde ya era simpatizante de Ruy Zorilla, cabeza de los republicanos rebeldes a la monarquía y a la Iglesia, quienes, por lo mismo, estaban obligados a actuar clandestinamente. Bajo la influencia del patrón para quien trabajaba, también se acercó a los principios masónicos de libertad del pensamiento y de la hermandad universal. Durante este tiempo, estudiaba francés (y pronto acumula experiencia cuando, una vez como ferroviario, se traslada a menudo más allá de la frontera) y salía adelante con el inglés; se declaraba racionalista y naturalista. Y esto sin jamás descuidar la militancia sindical y de propaganda política que lo obligó a escapar a París en 1886, después del fallido intento revolucionario del general republicano Villacampa, en Santa Coloma de Farners, en Girona, donde había participado con las armas. En París, frecuentó científicos y literatos de vanguardia y se adhirió a la logia masónica del Gran Oriente “Los verdaderos espíritus” (*Les vraies esprits*).

Sin embargo, no es fácil etiquetar a Ferrer en los esquemas de un único partido, de una única asociación cultural o política, o bien de una corriente de pensamiento o de un plano de acción, llamándolo masón o anarquista o republicano, o bien positivista, evolucionista, ateo y así sucesivamente. Su singularidad fue, precisamente, la de absorber sincréticamente, tanto en el campo político e ideológico como en el pedagógico y social, modelos ideales y prácticas de diversas procedencias.

Una de las razones del olvido de los estudiosos de la política y de la pedagogía en la que Ferrer cae algunos años después de su desaparición, fue precisamente que no se ligó a una sola línea de pensamiento ni a una única posición política; por el contrario, permaneció siempre como un ecléctico, que había fundido en un programa de acción, estímulos de diversas procedencias, que había empleandolo en la consecución de su

proyecto de emancipar al pueblo a través de la instrucción “integral”, es decir, sin límites ni rémoras, actuando con la mira en el “sol del porvenir”, a través de eliminar en las nuevas generaciones los prejuicios, difundir la iluminación intelectual y moral, guiada por la razón y por los retos que planteaba la ciencia en continuo desarrollo.

Por lo demás, ni siquiera hoy, entre los catalanes, el recuerdo de Ferrer es muy vivo. En cierto sentido, no lo viven como un verdadero patriota. Ferrer amaba hablar y escribir en castellano y no en su propia lengua materna, el catalán, no por cierto en honor a la lengua oficial del poder que tenía su centro en los palacios madrileños, sino sólo por razones prácticas: el ideal de la emancipación de los trabajadores era, en su tiempo, el internacionalismo (*¡Trabajadores de todo el mundo, uníos!*) y, por lo tanto, también la lengua, como instrumento esencial de propaganda y relación con compañeros de otras regiones y nacionalidades, debía elegirse en función de su más amplia difusión. El castellano habría asegurado la comprensión no sólo en todo el territorio español, sino también en los pueblos y naciones de América latina, aún todas por conquistar para la causa de la emancipación de los trabajadores y de las trabajadoras.

También en esto Ferrer, verdadero hombre de acción, era del todo pragmático. Como en la lengua, también en las ideas fue, al mismo tiempo republicano, socialista, anarquista, masón, liberal progresista y algo más, pero jamás restringido a una sola de estas catalogaciones. Por otra parte, esas ideas tenían, en el fondo, mucho en común y miraban hacia propósitos, en gran parte, compartidos por todas ellas. Ferrer participaba, de tarde en tarde, con altruismo y valentía en todas luchas que se daban bajo cada una de esas banderas, al tiempo que se declaraba autónomo para seguir nuevos puntos de vista y proyectos de acción sugeridos por las circunstancias. Se mantenía cuidadosamente al corriente de los progresos de la ciencia en cada campo, conocía de ellos los nudos críticos y los núcleos más susceptibles de desarrollo, intuía su importancia y las perspectivas en correlación con la renovación ideológica y social. Conocía, sin embargo, sus propios límites culturales: con la pluma en la mano era muy parco y no daba jamás un paso más largo que las piernas, y así, para tratar argumentos científicos, literarios o psicopedagógicos, se confiaba más bien a la firme e indiscutible competencia de los autores (no por casualidad de fama internacional), como se puede fácilmente observar recorriendo los fascículos de la revista *La Escuela Moderna*, que ilustraba la actividad de enseñanza y de cultura popular de la homónima escuela fundada por él. En los primeros años del siglo XX, abrir en España una escuela laica y progresista para el pueblo, era suficiente para ser etiquetado como un peligroso subversivo.

La ignorancia es una pata del diablo

Era, en suma, un excepcional organizador político-cultural con perspectivas revolucionarias (que después de los excesos de la primera juventud, jamás fueron violentas), un catalizador de fuerzas morales e intelectuales, irresistible por su simpatía humana y comunicativa, generoso e ingenuo, agudo, apasionado como pocos. Siempre fiel a los propios orígenes populares, jamás quiso cancelarlos o incluso únicamente olvidarlos, fue siempre consecuente con ellos, dignificándolos y elevándolos para borrar las barreras de las antiguas discriminaciones hacia las clases inferiores, hacia las mujeres, hacia la infancia y la primera juventud. Sobre todo, para la educación de las mujeres, quienes desde niñas habrían de dirigirse a un plano de igualdad con sus coetáneos, los hombres. Ferrer asume posiciones que en esa época los conservadores juzgaban escandalosas y los eclesiásticos, heréticas.

La escuela de Ferrer no se llamó “moderna” por casualidad: su modernismo perseguía el ideal de reformar el mundo a través de una educación de las masas populares, fundada en el hábito de preguntarse la razón de todo, aun respecto a las verdades que siempre habían sido transmitidas sin discusión y con carácter de indiscutibles. Desde los primeros años de la vida, según Ferrer, sin tomar en cuenta la llamada edad de la razón, en las nuevas generaciones debía desarrollarse, lo máximo posible, una actitud reflexiva, así como seguir la línea que la razón indicaba como la más justa. Más tarde, una vez formado este sexto sentido racional, el muchacho seguiría libremente las opciones que estuvieran convalidadas por la ciencia, que cada día proporcionaba nuevos resultados extraordinarios y nuevas perspectivas de ulterior investigación. En esto, Ferrer también fue hijo de la cultura racionalista y positivista del momento, de la cual, en el plano pedagógico, fue uno de los animadores más valerosos y personales intérpretes. Con base en estas ideas, el subtítulo de la portada de cada fascículo del *Boletín de la Escuela Nueva*, era *Enseñanza científica y racional*.

Su escuela para ser “moderna”, de hecho y no solamente de nombre, debía funcionar ofreciendo también a los alumnos más pequeños instrumentos de aprendizaje y de autoformación intelectuales y materiales, concedía así, desde la infancia, amplios espacios de libertad, con el fin de desarrollar de inmediato la justa dosis de autodisciplina y de responsabilidad individual, de modo que el comportamiento adulto, ya no se regulara a partir de la adecuación a un modelo unificador impuesto desde fuera, sino que fuese fruto de un proceso de auto-educación. Bajo este punto de vista, Ferrer – no se sabe en qué medida, si por propia intuición y cuánto – con profundo conocimiento de esas fuentes, se incorporaba a las filas de los innovadores de las escuelas nuevas

británicas y francesas, con la *New Education*, con las *Ecoles Nouvelles*, con las *Freischulen* alemanas y con otras similares, con el activismo pedagógico europeo y, en parte, con el progresivismo de John Dewey en Estados Unidos de América (de los cuales, sin embargo, Ferrer sabía muy poco), contra la pedagogía católica, ya fuera la conservadora tradicional o bien contra la otra, parcialmente innovadora y contemporánea a él (sostenida, por ejemplo, por el filósofo Laberthonnière), según la cual la educación no debía ser libre en sí misma sino guiada por el educador, con el autoritarismo requerido para conducir a la Verdad, suprema tutela de la libertad; es decir, no libre desde sus inicios, sino tendencialmente “liberadora” de las desviaciones y de los impedimentos relacionados con la salvación del alma. Más valía, en suma, ser un analfabeto antes que un alma perdida para la vida eterna. Ferrer, por el contrario, en una España que al alba del siglo XX alcanzaba el ochenta por ciento de analfabetismo, consideraba, en general, que la ignorancia en la sociedad moderna habría constituido un déficit implacable y habría destinado a las clases subalternas a una vida cada vez más escuálida y llena de privaciones. Si el cura Manjón entreveía en la ignorancia del pueblo una pata del diablo, Ferrer, desde su punto de vista laico, veía en la premisa de la miseria material y moral, el primer y más arduo obstáculo para la emancipación de las masas trabajadoras.

El hilo entre *Escuela Moderna* y *Huelga general*.

Pero el educador de Alella, a pesar de la importancia atribuida a la formación intelectual, jamás olvidaba el nexo profundo entre el desarrollo individual y la dialéctica social. Así, mientras conducía la *Escuela Moderna* y el boletín homónimo, no descuidaba el otro periódico con el significativo título de *Huelga general*, de carácter más político-social. Por este vínculo, alguno ha relacionado a Ferrer con la línea de pedagogos marxistas. En teoría, la parentela puede, en alguna medida ser plausible, pero no hay que olvidar, como ya se señaló, que Ferrer jamás se asimila del todo a alguna doctrina definida y que, en particular, en la educación marxista, el fin siempre es el de una formación colectivista. Para Ferrer, en cambio, la reeducación de las masas sería posible sólo cuando cada individuo se adhiriera a la lucha colectiva en el grado de evolución intelectual y de comportamiento necesario para comprender que todos deben luchar para el mayor bienestar individual y colectivo general. El fin podía coincidir; el recorrido formativo era muy diverso.

Al regresar a España por motivos familiares, Ferrer fue apresado, rápidamente procesado como revolucionario y condenado a muerte. La noticia del fusilamiento de Ferrer, acontecida el 13 de octubre de 1909, levantó una ola de indignación en toda

Europa y en América –incluido México–, más allá de los círculos anárquicos, socialistas, radicales, etc., y de los mismos sindicatos de trabajadores que en Francia, Bélgica y Holanda proclamaron una huelga general. *L'Humanité* parisina publicó un llamado de protesta dirigida al gobierno español que había ajusticiado, sin tener siquiera pruebas suficientes de culpabilidad, a una figura tan noble. Se siguieron vistosas manifestaciones de trabajadores y de intelectuales contra el “crimen cometido por la monarquía clerical ibérica”. El municipio de Bruselas decidió erigir un monumento al mártir catalán, anticipando aquel que después se erigiría sobre la colina de Montjuich, que se yergue sobre Barcelona, donde surgió el cuartel dentro del cual fue ajusticiado. Y también en Italia, en Roma, Florencia, Génova, Livorno, Pisa y Milán, cortejos de trabajadores muchas veces se manifestaron contra esa cruenta represión. Cesare Battisti, patriota socialista (después ahorcado por los austriacos porque, siendo súbdito de los Habsburgo, cuando estalla el conflicto 1915-18, se enroló con el ejército italiano contra los mismos austriacos), escribió un amplio artículo en el que exaltaba la figura de Ferrer como un apóstol de la libertad y de la fraternidad entre los trabajadores del brazo y de la mente, y lo publicó, agregando su testamento espiritual. El conductor de los socialistas italianos de entonces, para dar un realce provocador a la protesta, propuso cambiar el nombre de la avenida donde surgió el palacio del arzobispo de Milán, por el del catalán asesinado. Giovanni Pascoli, uno de los más grandes poetas italianos del siglo XX, célebre por sus versos de delicado intimismo y no ciertamente un poeta revolucionario, esa vez prorrumpió en una iniciativa que después se transcribió en un epígrafe, que los trabajadores de Boloña colocaron en un cartel a la memoria de Ferrer:

Un estallido de fusiles

Obedientes a una breve señal de la espada
 desde el interior de una amenazadora
 solitaria cinta de murallas y fosas
 resonó en cada escuela de la tierra,
 retumbó en las oficinas del mundo
 los pensadores levantaron los ojos del libro
 los trabajadores levantaron el puño desde el abismo
 se volvieron al ocaso donde había
 un fulgor de llamas y un olor de incendios.
 Francisco Ferrer
 Se hallaba ahí, caído, en un lúgubre fosa
 y los asesinos inconscientes
 desfilaron frente al cuerpo ensangrentado

de aquel que quería redimirlos también a ellos, ¡infelices!
Estrechaos el uno al otro
frente a este martirio.
¡Oh pensamiento y trabajo humanos!
Aquellos que Ferrer no pudo redimir con la palabra
¡los redimirá con su sangre!

Y sus compañeros de lucha lo quisieron recordar con estas palabras, en una canción de cándida camaradería:

Empezó como revisor
y acabó de profesor
se casó con Teresa San Martín
y se separaron al minutín.
Su mujer Teresa
le hacía tortas de fresa.
Un empleado de su editorial
que se llamaba Mateo Mural
atentó contra Alfonso XIII
se lo llevaron al tribunal
escapó a Francia
para huir de la ignorancia
y como era muy listo
inventó el colegio mixto
e hizo una escuela moderna
para niñas y niños
para pobres y para ricos.
Aquel colegio mixto
fue el récord de los listos;
fue un colegio en el que no se reñía,
había alegría y se divertía.
Lo condenaron a muerte
por hacer el bien a toda la gente
al profesor Ferrer y Guardia
lo mataron con mucha rabia.
Ferrer y Guardia era inocente
¡y aún no lo sabe mucha gente!

También otros intelectuales destacados, a menudo para nada simpatizadores de las “cabezas calientes” y de los subversivos, como el filósofo Benedetto Croce, quien reveló que Ferrer había sido un genial agitador y no un pensador, compartieron el repudio general por su ejecución, verdadero gesto de prepotencia por parte de un poder absoluto contra la libertad de opinión que, en cambio, habría tenido el deber de garantizar. Inclusive un periódico moderado como *La Stampa*, de Turín, dio cabida a un conmovedor recuerdo de su hija María Trinidad. No faltaron, obviamente, los periódicos que abiertamente mostraron la preocupación porque todas estas protestas habrían llevado agua al molino de los enemigos de Dios y del orden social, tanto más, cuando en muchos centros donde estuviera a cargo una administración municipal socialista o radical, se designaban plazas y calles con el nombre del educador catalán, quizá con ceremonias oficiales y con la presencia de las autoridades (aunque no ciertamente las religiosas).

Ferrer era inocente, está bien, pero ahora bastaba con la exaltación de su figura y, sobre todo, con los reconocimientos oficiales, de otro modo, ¿qué impacto hubieran tenido sobre la opinión pública italiana precisamente en el momento en el cual liberales y católicos tendían a superar los viejos contrastes para hacer un frente común contra el peligro socialista?

Entre los católicos italianos, las voces de condena por la ejecución de Montjuic, fueron raras; entre ellas, don Murri, el cura que condujo el movimiento del modernismo religioso, el cual condenó al clero que había aprobado la ejecución de Ferrer, recordando que el auténtico espíritu cristiano enseñaba a sufrir la muerte en defensa de la propia fe y jamás a darla, ni siquiera a quien negaba la misma fe. Pero don Murri y los modernistas, pronto fueron drásticamente excomulgados como heréticos por Pío X. Del lado opuesto, casi resulta natural, los jesuitas –quienes siempre habían considerado a Ferrer como un corruptor de la juventud– en su *Civilización católica*, escribieron que el fusilamiento había sido precisamente para castigar a un excesivo anarquista y a un incorregible *comecuras*, en suma, a un enviado de Satanás. Reacción explicable, si se toma en cuenta que los jesuitas, en política y en educación habían sido el blanco polémico preferido por Ferrer, sobre todo por su oposición a la instrucción obligatoria para todos y a la educación mixta de niños y niñas. La indignación en Italia fue difundida y sincera, pero pronto se olvidó, con excepción de los círculos de anarquistas y otros afines. La burguesía, que ya en la época del fusilamiento de Ferrer estaba propiciando el retorno de los católicos a la vida política (que había sido impedida por Pio IX, después de que en 1870 las tropas italianas ocuparan Roma), dirigió sus

preferencias hacia las posiciones moderadas y al antisocialismo y, sobre todo, hacia el antianarquismo. De tal modo, que de Ferrer rápidamente se empezó a hablar cada vez menos, en particular después de la primera guerra, entre 1915 y 1918.

Más tarde, con la llegada del fascismo, también las calles que llevaban su nombre, lo cambiaron por otro. Los fascistas eran enemigos de los socialistas y de los anarquistas más que de la burguesía y de las jerarquías católicas, y se volverían estrechos aliados del dictador Franco, que hizo, obviamente, lo imposible para que el nombre de Ferrer se olvidara totalmente.

Maestros “modernos” para una escuela “moderna”.

Tina Tomasi, retomando las consideraciones planteadas por Lamberto Borghi años antes,¹ ha observado: *ningún educador ha sido tan llorado como Ferrer, pero también tan rápidamente olvidado.*² Sólo una minoría, restringida pero combativa, que continuó inspirándose en algunos ideales, no dejó caer en el olvido una figura tan significativa. Ernesta Battisti, la viuda de ese César que decenios antes se había indignado por el fusilamiento, requerido por los partidarios de la monarquía y por los eclesiásticos españoles en 1909, cuarenta y tres años después recordó que, transcurrida la primera mitad del siglo XX, cada vez más se anunciaría una era que hacía necesaria la formación de un espíritu libre y científico, que revalorara la enseñanza de Ferrer, precursora de una “educación racionalista”, es decir “laica”, que debería existir para todos con base en “todo progreso hacia una humanidad más justa”. En el cincuenta aniversario de este fusilamiento, Aldo Capitini, filósofo y pedagogo, principal exponente en Italia a favor del movimiento por la no violencia –totalmente lo contrario de la acusación de violento subversivo que llevó a Ferrer frente al pelotón de ejecución–, reconoció en él, a uno de los más ilustres precursores de la no violencia. Y el mismo Capitini dedicó, en 1954, un número de su revista *La libertad* a un grupo de escritos en memoria del educador catalán, debidos a los pedagogos L. Borghi, A. Visalberghi, F. de Bartolomei y de otros estudiosos como, W. Binni, C.L. Ragghianti, G. Pepe y otros. En 1979 se publicaba en la Suiza italiana (editada por “La Baronata”, Lugano) una antología de la *Escuela Moderna* y de *Huelga general*, un ensayo completo Jean Wintsch sobre “La Escuela moderna de Lousanna” (activa de 1910 a 1919), completado más tarde con la hermosa introducción a la edición alemana de Karl Schneider. Después de ese volumen, el editor italiano Vulcano di Treviolo (Bérgamo), publicó totalmente en italiano los primeros 28 fascículos del *Boletín de la Escuela Moderna* que vio la luz en Barcelona a partir de octubre de 1901.

¹ *Scuola e Città. Revista di problema educativi e di politica scolastica*, X, 10, Italia, 1959.

² *Idem*. XXI, 10, 1970.

La Escuela Moderna, en los pocos años que pudo funcionar, no sólo fue una institución escolar libre y laica para la infancia y la adolescencia, sino también un centro de educación permanente para adultos, a la luz de las más modernas –precisamente– adquisiciones de las ciencias exactas, experimentales y sociales. Su boletín documenta, sobre todo, este aspecto a través de las colaboraciones de nombres ilustres. Entre los más representativos de estos autores se puede recordar al gran geógrafo francés Elisé Reclus y al zoólogo evolucionista alemán Ernesto Haeckel, por no decir nada de Emilio Zolá, de Máximo Gorki y otros escritores y publicistas cuya fama aún se encuentra viva. Entre todos ellos, el que más influyó sobre Ferrer, parece ser el propio Reclus, uno de los fundadores de la ciencia geográfica contemporánea, ilustre científico de notorias simpatías hacia el anarquismo, como Ferrer, exiliado jovencísimo, la primera vez como revolucionario de Napoleón III y después con la Comuna de París de 1870. La orientación cultural y pedagógica de Reclus, queda muy clara a partir de esta carta escrita por él a Ferrer, quien en 1903 le había pedido que le recomendara un texto de geografía válido, para las clases primarias de la Escuela Moderna:

Señor Ferrer Guardia –respondió el científico– a mi modo de ver no existe, en general, texto alguno *válido* para la enseñanza de la geografía en las escuelas primarias y menos aún para su escuela popular. No conozco uno sólo que no esté filtrado por el veneno religioso, patriótico o, peor aún, por el veneno de la burocracia. Por otra parte, si los muchachos tienen la fortuna –como seguramente la tienen en su Escuela Moderna– de ser guiados por docentes inteligentes y amantes de su profesión, en la medida en que los libros de texto sean los que son hoy, los muchachos mismos tendrán todo por ganar prescindiendo de ellos.

Así, se revaloraba el dicho que circulaba en Francia, en la boca de los autores de la escuela para el pueblo: la escuela vale tanto cuanto vale el maestro. Lo que decía Reclus era verdad en teoría, en las aspiraciones; desafortunadamente en la realidad era, en cambio, muy difícil para la escuela de Ferrer encontrar maestros a la altura. Y más aún en la medida en que ese modelo se difundía en España y también al exterior, el problema de la carencia de educadores *ad hoc* se agigantaba. No bastaba con ser “libre pensador” convencido y poseer un mínimo de cultura para ser también un buen docente, apto para la enseñanza “racionalista-humanitaria” de la Escuela Moderna. Disponer de docentes bien preparados y aún dispuestos a someter a discusión su preparación anterior y confrontarla con las nuevas aportaciones culturales y las nuevas metodologías, siempre sería la expectativa, no sólo de las escuelas de vanguardia, sino también de las oficiales, cuando éstas se sometieron a una reforma pedagógico-didáctica relevante. Se requerían docentes formados en la propia nueva escuela,

pero para lograrlo, sería necesario esperar por lo menos veinte años, ¿y mientras tanto? Por ello, la disponibilidad de docentes que, rápidamente estuvieran a la altura de la tarea, es el banco de prueba de una escuela nueva que quiere proponerse como verdaderamente innovadora, desde el punto de vista didáctico y de beneficio social. Y es una expectativa que, a menudo, permanece en gran parte irrealizable. Ferrer esperaba que, al frecuentar las conferencias que se llevaban a cabo en su misma escuela y la lectura de publicaciones *ad hoc*, fuera suficiente para reciclar, en un tiempo razonable, a los docentes en funciones y formar a otros nuevos. Pero, evidentemente, la formación de un docente, cuanto más se es de vanguardia, más lento y complejo resulta el proceso. A partir de la carta de Reclus y de otros, Ferrer concluirá que muchos de los libros de texto para los alumnos habrían sido eficaces manuales de guía para los docentes que los condujeran paso a paso sobre el nuevo camino. Sin embargo, ésta era una idea fácil de decir pero ardua para concretarse. El boletín periódico *Escuela Moderna*, debería servir también –y tal vez antes que nada– para este propósito.

Por la paridad de los sexos

En conclusión, la escuela de Ferrer, más allá de disponer de docentes a la altura de la novedad, debía rendir cuentas sobre los diversos problemas consecuentes con la propia opción pedagógica de fondo. Existía el problema de la escuela mixta o promiscua, de tener juntos, en las mismas clases y utilizar los mismos juegos y diversas actividades, a muchachos y muchachas, lo que a muchos aún les parecía una bestialidad, así como les parecía una bestialidad considerar el papel privado y social de la mujer a la par que el del hombre. La cuestión emerge ya desde los primeros pasos de la escuela: una editorial del 2º boletín “Necesidad de una enseñanza mixta”, del 30 de noviembre de 1901: *La enseñanza mixta más difundida entre todos los pueblos cultos [...] la humanidad de la mujer y la del hombre deben compenetrarse desde la infancia, llegando ella a ser mujer no solamente de nombre sino como verdadera compañera del hombre en todo [...] La mujer no debe estar recluida en el hogar. Su rayo de acción debe propagarse fuera de las paredes domésticas [...] y llegar hasta donde llega y termina la sociedad.* Por lo tanto, la paridad plena entre los sexos con miras a una sociedad en la que también los destinos sociales entre hombres y mujeres pronto perdieran el carácter de neta separación que durante tantos siglos los había distinguido. Y por esto, las conferencias en la escuela de Ferrer, centro de educación popular propiamente dicho, a menudo consistían en auténticos cursos de educación sexual desde el punto de vista fisiológico, psicológico y social.

Si no hubieran existido otros elementos de atracción ideológica y política dominante, con la moral y con la pedagogía tradicional debida a la alianza entre la moral que aún enseñaba la Iglesia y la que practicaba buena parte de la burguesía (por lo demás, en gran parte coincidentes), cien años o más y en un clima tan cerrado y retardatario como el español de entonces, habría bastado la insistencia en la educación mixta para ambos性os y sus anexos y conexos pedagógicos y sus reflejos sociales, para poner a Ferrer, hasta el fondo, bajo acusación y tomar al vuelo la oportunidad propicia para hacer callar definitivamente una voz tan crítica en relación con la tradicional educación atrasada y clerical, para la época tan desprejuiciada y precursora.

El silencio que las historias de la pedagogía y educación mantienen sobre la figura de Francisco Ferrer y Guardia es, objetivamente, injusto. En el campo educativo no cuentan solamente los pensadores, los científicos, los tecnólogos, etc., que han dado una indudable contribución intelectual y moral innovadora, sino también los animadores, los promotores y los apóstoles laicos que, muchas veces, han asumido la parte más difícil y más contrastante, sin los cuales el conservadurismo habría vencido casi siempre.▲